

CARTAS A LA REVISTA

I

Nos escribe un entusiasta admirador de FOMENTO SOCIAL: "Ya sé que la pregunta que voy a hacer no es de orden social precisamente, pero es que de tal manera influyen en él que me atrevo a hacerla. ¿A qué se debe la tan cacareada escasez de dólares que en todas partes y con tanta gravedad se acusa? ¿Dan los economistas respuesta adecuada a esta pregunta? La hago porque creo que su contestación podrá satisfacer la curiosidad de muchos, además de la mía."

J. B. (Zaragoza).

Los economistas, efectivamente, dan las razones de esta escasez, y sus influencias en los cambios las encontrará usted en largos artículos publicados hace dos años en "Rivista Internazionale", por Kahm Balogh, Behrman y otros.

Pero sin entrar demasiado adentro en nebulosas y oscuridades, nos podemos contentar con explicaciones más llanas y vulgares.

El país norteamericano es hoy por hoy el almacén industrial y agrícola más grande y eficiente en el mundo entero, dejando de lado a Rusia, porque vive un relativo aislamiento, y al Brasil, porque aun está incubando su futura grandeza.

Sobre todo después de la última guerra mundial, 1945,

hasta las naciones más industriales del Occidente europeo como Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, sintieron más de cerca la grandeza americana, cuando hallaron casi en ruinas sus pueblos, su industria y su agricultura. Si querían restañar sus heridas y renovar su utillaje rápidamente, tenían que acudir a Norteamérica. Quedó completamente roto el antiguo equilibrio europeo-americano y la balanza industrial y comercial había de inclinarse pesadamente en favor de Norteamérica.

¿Qué pudieron esos países enviar a Norteamérica en pago de sus pedidos? Bien poco o casi nada. Por consiguiente, los pagos habían de hacerse, o bien por los medios del plan Marshall, mientras éstos existieron, o bien por sus exportaciones—insignificantes en los principios—o por dólares. El caso de España es análogo, con la enorme desventaja de que no hubo para nosotros plan Marshall.

Compréndese, por consiguiente, que todos los países busquen dólares para pagar deudas, comprar utillaje industrial y aun bienes de consumo.

Por otra parte, aun dada la inflación relativa norteamericana manifestada en una—relativa también—abundancia de dólares, los dólares tan ansiosamente buscados debían dificultarse en su adquisición, y debían manifestar su escasez en lo alto de su precio pagado en moneda extranjera.

Añádanse a esto las restricciones de sacar la propia moneda puestas por todos los países, la necesidad de los viajes, la dificultad de los cambios libres, la dificultad de meter en el extranjero moneda que no fuera dólar; y con ello se explica la escasez del dólar, que venía a ser casi una moneda necesaria no sólo en los Estados Unidos de América sino en casi toda Europa.

El atesoramiento vino a agravar el mal. Ante la dificultad de adquirir antes y ahora tan preciada moneda, sobre todo en los países en que el cambio no es libre, todo el mundo lo guarda, con lo cual se contribuye a un mayor enrarecimiento de la misma. Y con más razón todavía se atesora el dólar adquirido baratamente *allí*, cuando se trata de viajar por el extranjero, en plan barato gracias a su alto cambio:

Estos fenómenos completamente reales dan una lógica explicación de la escasez del dólar, y en parte, de su alto precio.

II

De otra carta:

"No hace mucho tiempo oí predicar a un religioso, que hablando de cuestiones sociales indicaba que siendo la primera finalidad del hombre el servicio de Dios, había de serlo también de la empresa. Para ello, decía, hay que valorar el trabajo en el orden espiritual en primer lugar y luego en el orden económico; es decir: hay que premiar con mejor salario al más piadoso y más cristiano. Habló también de que debía desaparecer en la empresa toda idea de lucro, y de que siendo (la empresa) una comunidad moral de patronos y obreros correspondía a éstos muchísima más entrada en ella que la que ordinariamente se les daba. Parecía deducirse, en conclusión, que habían de tenerse obreros solamente católicos, premiarse más a los más observantes y aun dedicar horas y tiempo de trabajo a la espiritualización del empleado.

¿Exageraba algo?"

J. E. (Barcelona).

No es fácil contestar si exageraba o no el predicador, dados los pocos datos que de él se nos dan, y la verdad de las ideas contenidas en estas líneas. Pero parece que sí. Veámoslo.

Que la empresa de cristianos ha de ser cristiana es claro. Sobran ideas y documentos pontificios para probarlo. Que la inmensa mayoría de los patronos católicos no se preocupan de ello, también lo es desgraciadamente. Recuérdese a este propósito las bellas frases de Pío XII, que ya FOMENTO SOCIAL comentó en varias ocasiones: "La gran miseria del orden social está en que no es profundamente cristiano ni realmente humano, sino únicamente técnico y económico, porque no descansa en lo que debiera, a saber: en el carácter común de los hombres, que son por naturaleza hijos de Dios por la gracia de la adopción."

Pero dado que el fin último sea ése, y que contra él no se puede ir, hay que partir de que la primera finalidad de la empresa es económica. Sobre esta base nos llegamos a la valorización del trabajo. Una cosa es lo que podríamos llamar metafísica del trabajo, y otra la realización práctica del mismo en una empresa concreta.

Para el cristiano, dada la obligación y continuidad del trabajo, quizá no hay elemento más santificador y meritorio que el trabajo elevado a la categoría de deber, y de cumplimiento de la voluntad divina.

Mas no se apure el empresario. Porque siendo la empresa en sí fundamentalmente entidad económica, aunque como tal haya de ser social y moral, el trabajo en ella ha de apreciarse fundamentalmente conforme a su valor económico, sin olvidar la condición humana de quien trabaja. La empresa económica ni es ni puede ser una Iglesia en la que el fin religioso lo absorbe todo. Por eso, en la fábrica se exige a los hombres el trabajo humano y razonable, no se les predica durante las ocho horas del mismo, aunque el alto ejemplo de justicia y de cristianismo en los actos laborales y no laborales deba presidir el conjunto, y rodearlo como la atmósfera al ser vivo, para que viva de su oxígeno.

* * *

Tampoco en la ganancia ha de exagerarse el influjo social.

Si éste, con ser tan principal como olvidado en la esfera del mundo económico, prevalece en el patrono sobre toda idea de ganancia, sustituyendo totalmente el afán de lucro por el de servicio social, nos sale al paso un San Francisco de Asís, que entrega todos sus bienes a los pobres y únicamente piensa en hacer el bien mediante su pobreza, su predicación y su ejemplo. Pero dado que haya de raerse del empresario el *excesivo* afán de lucro—como malo—, no hay porqué arrancarle la idea de ganancia, que sin ser en sí mala, está puesta en la naturaleza humana como acicate del trabajo y motor en la vida empresarial y cotidiana. Lo que se

requiere en el empresario es la coordinación del servicio social con el afán de lucro; y en casos más obligados, la subordinación del lucro al servicio, pero no su desaparición.

El predicador quiso acaso idealizar un patrono perfecto, que se pierde en las alturas. Si dentro de la vida cristiana no se da la perfección sino en una exigua minoría, menos se puede exigir en el orden patronal y económico, y menos aún estimar como típica una elevación casi sobrehumana.

* * *

La idea de comunidad moral de la empresa que expuso el predicador es idea que requiere más amplia explicación. Lo difícil no es afirmar la existencia de tal comunidad, sino perfilarla; porque sus miembros son muy desiguales y los derechos y deberes de los mismos muy distintos. Un ejemplo: la idea de comunidad, ¿qué consecuencias morales aporta en orden a la organización del trabajo, la parte del trabajador en la empresa? El problema es de los más fuertes que hoy se debaten. Otro ejemplo: esta comunidad moral, ¿ha de permanecer fija en ese orden, sin que se enlacen y determinen con vínculos jurídicos, los derechos y deberes de sus miembros; o es una comunidad aérea cuyos derechos son los impuestos por la ley del Estado, aun cuando sobre ellos pueden venir algunas *voluntarias* supererogaciones determinadas libre y espontáneamente por uno de los miembros de la comunidad? Entonces topamos con una paternalismo, eje y dueño absoluto de la vida comunitaria, y con una idea casi sin contenido. Tampoco nos conviene.

La meta y el ideal—sin exageraciones—son para que se alcancen, o por lo menos para que se trate de alcanzarlos. ¿No es así? Por eso da gusto de vez en cuando oír hablar de idealismos y de ansias de elevación. Un hombre de negocios decía muy recientemente en una obra suya, que ignoro si está destinada a la venta: "Estamos acostumbrados a ver que el hombre de negocios y de influjo social nos hable sólo de

rendimiento, de potencialidad humana, de dividendos y de explotación de bienes, creyendo con eso perfectamente cumplida su misión. Pero nosotros no lo entendemos así; creemos que esta visión del hombre de negocios es deficiente; que olvida algo tan inherente a su jerarquía y a su posición, cual es su misión social, su misión humana, y su misión cristiana." (Juan José Alonso Grijalba, *Aspectos sociales de la empresa*. Impreso en Talleres del Magisterio Español. Quedo, 5. Prólogo, pág. 12.)

Seguramente que en las empresas, más que por idealismo se peca por avaricia y por practicismo a ras de tierra.